

Aquello bastó, según confesión de San Agustín; cerró el libro y como quien ha tomado ya resueltamente su partido, manifestó á su amigo Alipio, allí presente, lo que pasaba en su espíritu. Alipio después de leer las palabras de San Pablo, que tan profundamente habían impresionado á su amigo, siguió leyendo estas otras: «Ayudad y sostened al que aún es débil en la fe, y de tal suerte se les aplicó, y con tal fe se entendió que providencialmente le habían sido dirigidas, que, sin vacilaciones ni dudas se asoció desde entonces al pensamiento de San Agustín.

Después de su conversión retiróse Agustín durante algún tiempo al campo, acompañáronle allí su madre, Santa Mónica, su íntimo amigo Alipio, converso como él, y otros cristianos fervientes.

Pasó bastante tiempo entregado á la oración, á la penitencia y dedicóse á escribir aquellas obras que han immortalizado su nombre, destinadas su mayor parte á la defensa de la religión y á la edificación de sus hermanos. Agustín fué bautizado en Milán á los 32 años de su edad.

No fué perdida por él la experiencia que había sacado de las vanidades mundanas, antes por el contrario, comparándolas con el sosiego y dulzura que proporcionan el retiro y las buenas obras, cedió sus bienes á los pobres, formó una comunidad con algunos amigos, y se afirmó más y más en su propósito de combatir los errores que estaban en boga en aquel tiempo, anunciando la palabra de Dios por un privilegio á nadie concedido hasta entonces, en Africa y que debió á Valerio, obispo de Hipona á la sazón, que le ordenó de sacerdote contra su voluntad.

En 394 derrotó á Fortunato, célebre maniqueo, en una conferencia pública, como quien además de cono-